

Efesios 6:10-20

Sermón Efesios 6:10-20 Pentecostés 15 2012 Dt. 4:1,2,6-8
Mc 7:1-8,14,15,21-23

“Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia y calzados los pies con el celo por anunciar el evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas, y con denuedo hable de él como debo hablar.” (Efesios 6.10–20)

Me acuerdo de un programa de televisión que presentaba a los ingleses antes de la Primera Guerra Mundial. Cuando llegó la declaración de la guerra, los jóvenes se fueron alegremente para inscribirse en las fuerzas de Inglaterra para combatir a los alemanes. Se fueron como si fuera a un día de campo, seguros de que volverían a casa antes de la Navidad después de una gloriosa victoria. Sólo que no resultó así. No estuvieron realmente bien preparados. No podían imaginar lo duro que sería esa guerra, la pérdida de vida, los años de conflicto que les esperaban.

Pablo nos llama también a un conflicto. Es un conflicto inevitable, pero no quiere que entremos en la batalla sin estar preparados, ni que seamos finalmente vencidos. Así que, Pablo en este texto nos da los consejos necesarios para enfrentar nuestra batalla espiritual. Nos mostrará lo fuerte de nuestro enemigo, nos mostrará las armas que Dios nos ofrece para este

conflicto, nos anima a ayudar unos a otros por medio de la oración.

Pablo comienza el texto identificando a nuestro enemigo: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”. No debemos subestimar nuestro adversario. Eso fue el error de esos jóvenes ingleses que fueron alegremente al conflicto que resultaba ser la Primera Guerra Mundial. Desde el principio nos identifica nuestro adversario; es nada menos que el diablo, ese enemigo inveterado de Dios y de la humanidad que busca vencer y volver a someter a su reino infernal a todos los que han escapado por la obra de Cristo. Y no debemos pensar que va a tratar suavemente con nosotros. Usará todas sus “asechanzas”, todas sus estrategias y engaños, para tratar de obtener la victoria.

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. El primer error que podemos hacer en la lucha espiritual es pensar que nuestros propios recursos serán adecuados. Tal vez sería así si realmente nuestros adversarios fueran otros seres humanos como nosotros. Pero Pablo hace claro que nuestros verdaderos enemigos no son seres humanos. Nuestra lucha no es contra “carne y sangre”. Más bien es contra principados, potestades, gobernadores de las tinieblas de este mundo, huestes o ejércitos espirituales de maldad en el dominio de los espíritus. El diablo, y todo su ejército de demonios, seres espirituales, ángeles corrompidos; éstos son nuestros verdaderos adversarios. El mismo que enfrentó a la humanidad en su inocencia después de su creación, y ganó; el mismo que tentó a Cristo y volvió a atacarlo en Getsemaní es también nuestro verdadero enemigo. Por eso, si dependemos de nuestra propia habilidad humana para la batalla, lo único que puede suceder es que nos perdamos.

Es cierto que Satanás usa a otros seres humanos como sus agentes en sus tentaciones, al igual como usa nuestra propia carne pecaminosa como una quinta columna dentro de nosotros mismos. Pero detrás de todos ellos está el diablo, buscando cualquier estrategia para vencernos y hacernos otra vez sujetos a la condenación.

Por eso, si vamos a tener éxito en nuestra lucha, necesitamos obtener la ayuda necesaria, la ayuda que sólo Dios nos puede dar. Así que se nos exhorta: “fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa”. Debemos estar fuertes, pero no debemos depender de nuestra propia fuerza. Más bien debemos permitir que el Señor nos fortalezca y nos provea sus armas para la lucha. Si nuestra fuerza es la fuerza de Dios, entonces seguramente tendremos suficiente fuerza para enfrentar todo lo que el diablo puede hacer contra nosotros. Pero si no tenemos esa fuerza, estamos perdidos antes de comenzar. Así la exhortación: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes”. La armadura de Dios quiere decir la armadura que Dios mismo suple. Si continuamente nos ejercitamos con esas armas defensivas y ofensivas, el resultado será que al final de la guerra estamos firmes. Saldremos entonces del campo victoriosos para entrar en la gloria celestial que nuestro Salvador ha preparado para nosotros.

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes...” Puesto que la lucha será dura, y el diablo tiene toda una gama de estrategias para engañarnos y obtener la victoria, necesitamos todas las armas que Dios nos puede dar para tener la fuerza suficiente para ganar la batalla. Si estamos negligentes y descuidamos alguno de estos armamentos y condiciones, no debemos sorprendernos cuando Satanás obtiene la victoria. ¿En qué consiste este equipo completo que Dios quiere darnos para ayudarnos en nuestra lucha? Comienza con “ceñida vuestra cintura con la verdad”. Los romanos usaban togas largas. Para estar listos para cualquier actividad enérgica, necesitaban levantar esa ropa y atarla con una cinta, dejando las rodillas libres para moverse rápidamente. Lo que equivale a eso en la armadura cristiana es “la verdad”. Podría significar la sinceridad, ser veraz. Pero probablemente quiere decir la verdad en el sentido absoluto. La verdad es lo que se encuentra en la palabra de Dios. Cristo mismo y sus actos salvadores son el centro de esa verdad. Cuando Cristo mismo fue atacado por el diablo, Jesús lo venció tres veces con “escrito está”. Porque es la palabra de Dios, el diablo finalmente será obligado a ceder. Hodge comenta: “Que nadie se imagine que esté preparado para resistir los asaltos de los poderes de las tinieblas, si su mente está llena de sus propias teorías o con las especulaciones de otros hombres. Nada sino la verdad de Dios, claramente entendida y cordialmente abrazada le capacitará para mantenerse

en pie por un momento, ante estos potentados celestiales”. Estudiemos, meditemos, apliquemos y tomemos a pecho, entonces, la palabra de Dios para que tengamos un buen conocimiento de mente y corazón de la verdad con que ceñir nuestros lomos.

Debemos estar vestidos también con la coraza de la justicia. Muchos, incluyendo Lutero, pensaban que esto se refería a mantener la buena conciencia con una vida recta que fluye de la fe. Esto es ciertamente importante. Pero realmente necesitamos más. Aún nuestras mejores obras todavía tienen sus manchas y defectos, que serán aprovechados por el diablo para atacar y acusar y hacer desesperar a la persona cuestionando si realmente es un cristiano e hijo de Dios. Necesitamos la firme convicción de que tenemos la justicia de Cristo, su perfecta obediencia, acreditada a nosotros por la fe, de modo que ninguna acusación que pueda hacer Satanás puede destruir nuestra confianza en la justicia que Cristo mismo ha adquirido para nosotros. Eso actuará como una coraza, una pieza de armadura que cubre todo el pecho protegiendo contra las mentiras y acusaciones del diablo. Debemos tener “calzados los pies con el celo por anunciar el evangelio de la paz”. Las buenas nuevas de que Cristo ha obtenido paz entre Dios y los hombres, aplicadas a nosotros mismos y a otros, derrota a Satanás, quien ya no puede acusar a nosotros y a los que escuchan este bendito mensaje. Mantenernos ejercitados en estas cosas nos permitirá luchar cuando llegue el momento del asalto del enemigo.

Además, se habla del escudo de la fe. El escudo aquí es uno grande que cubre todo el frente del cuerpo. Con eso, aunque el enemigo tratara de hacer llover flechas encendidas, las podrían desviar y no dejar que penetraran y quemaran al soldado. Para el cristiano, esa protección es la fe. Cuando mantenemos nuestra confianza en medio de todo en lo que Cristo ha hecho por nosotros en la cruz, cuando sabemos que Dios es por nosotros porque lo ha demostrado en el sacrificio de su propio Hijo, las flechas del diablo no podrán penetrar para llevarnos a la desesperación o a abandonar la lucha y volver a sus filas. Debe también poner el yelmo de la salvación. La protección final en las armas defensivas es la convicción basada en el evangelio de que seremos finalmente salvos. Esto es lo que nos permite levantar la cabeza y seguir firme en la lucha ahora.

Así, con todo el cuerpo cubierto y protegido, estaremos listos a tomar el arma ofensiva: “y la espada del Espíritu, que es la

palabra de Dios”. No sólo defendemos a nosotros mismos, con la palabra salimos a la lucha para ganar también a otros y poner a correr a Satanás. Lutero dice: “Porque, aunque somos débiles en nuestra propia razón y poder, sin embargo, si tomamos esta espada del Espíritu, si tomamos estas armas de defensa y ofensa y las usamos de acuerdo con esta instrucción, nos hacemos demasiado fuertes para todos los diablos, porque entonces no estamos luchando en nuestra propia fuerza, sino en el poder y la fuerza de Dios mismo”.

Finalmente, Pablo nos exhorta a mantener la lucha con la oración. “Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica”. Hay mucho peligro en desatender esta instrucción. Cuando Jesús tuvo su propia lucha, también dijo a Pedro: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26.40–41). Poco después, Pedro, tan confiado primero en su propio poder y habilidad, había negado tres veces a su Señor y Salvador. ¿Cómo obtenernos la armadura que tanto necesitamos? Pidiéndola fervientemente del Señor. Y debemos estar conscientes también de que no estamos solos en la lucha. Debemos hacer estas súplicas y peticiones no sólo por nosotros mismos, sino “por todos los santos”. Nadie que va a la batalla se acuerda sólo de sí mismo. Busca también que sus compañeros salgan de la lucha sanos y seguros. Así es en la lucha cristiana también. Necesitamos las oraciones unos de otros. Aun Pablo está consciente de esta necesidad en su caso. “y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas, y con denuedo hable de él como debo hablar”. Sabe que podría debilitarse también, que podría preferir mantener el silencio cuando confesar valientemente a Cristo podría traer serias consecuencias. Así que pide a los cristianos de Éfeso a que oren también por él, para que se mantenga firme. Ni él podía depender de sí mismo y sus propias fuerzas, sino necesitaba la fortaleza que sólo viene de Dios. Qué Dios nos dé la misma firmeza, en Dios y en Cristo, para que nosotros también salgamos victoriosos en la lucha contra el diablo y lleguemos finalmente dentro de las puertas del cielo. Amén.